

EN LA PLAZA

por Juan Pedro Castañeda

En la casa ni caso, por la calle más o menos le dicen "adiós" cuando la encuentran de frente. En un mismo instante puede recibir un cachetón de papá, que mamá la llame puta, acuden con frecuencia a su memoria las veces que ha salido con hombres que desde el primer momento quisieron meterle mano. La pura verdad es que no se acostó con nadie sino con Amador, hasta las tantas bailando sí, después la venía a traer a casa.

Pálidas decisiones, confusos compases a su alrededor. Dudas. Ofuscamientos. Desnudas llamas abatidas por aguas que se conforman con caer.

Se sorprendió la tarde-noche en que la supe ex-virgen. Le dijo que le gustaba una barbaridad. Ella se lo dijo. La pena es que no se hubieran conocido antes.

A medida que los encuentros de detrás de la calle Ocho se fueron prolongando, Lina le gustaba más. Cada vez su cuerpo era más sensible a sus caricias, hablándose más quedo, los niveles del amor son infinitos, la primera vez que la besó sintió muy poco, y si se quedaba embarazada ¿qué?

Al principio iban a bailar. A él lo de la primera pieza le pareció excesivo. Pero no era tonto. Se aprovecharía. La piba estaba tremenda y debía ser una calentona de miedo. Hacían las cosas a su manera, otras veces a la de ella, aumentaba una amistad que todavía no era amor.

Muy abrazados se les ve cada tarde detrás de la calle Ocho. ¿Sólo eso? Requetemuyabrazados, formando una única silueta, las manos se funden, se confunden, se funden los cuerpos de pie o sentados, los labios húmedos se juntan se rejuntan y todo lo que se quiera suponer.

Lina le hablaba de lo mal que la trataban, de lo desgraciada que se sentía, de que no saldría con nadie más sino con él, si él quería. Miedo de enamorarse. Por eso no contesta. Que la madre le decía que como siguiera así acabaría de puta, que si él la dejaba igual iba a ser cierto.

El twist, el rock and roll... Tan adecuados como un pasodoble. Las caderas pueden moverse de la misma forma, las manos recorren la espalda, toda la espalda, desde el cuello a la cintura donde comienzan a notarse las nalgas redondas, le daban besos en la mejilla, debajo de la oreja, los muslos albergaban una promesa calentita.

Suaves gemidos descubrían sus presencias, ellos describían pequeñas oquedades. Esforzábanse en encontrar un lugar adecuado, que allí ni amor ni nada. Estaba bien para el principio, cuando hundirse en una falsa virginidad, socabarla y no acabar de darle fin producían sensaciones agradables. Entonces, cuando recorrían con pasión enloquecedora los numerosos recovecos de sus cuerpos sin llegar al final, creían poseer parte del infinito. Pero cuando lo dejaban y volvían a mirar los techos de los cuartos vacíos, y pensaban, y la imaginación les volaba, se mordían las lenguas, insólitos choques de dientes, semblantes tristes o reconcomidos.

Oscurecía. Pero mañana Lina y Amador seguirán queriéndose. Por los bancos de la Plaza: algunas flores, tres palmeras, soplaba un viento infeliz.

Verás. No podía soportar la inactividad. Una mujer como son las mujeres ha de estar en su casa, decían. ¿Qué te has creído, que por estar aquí ya eres como eres y se acabó? Fumando en su cuarto la encontraron una tarde: Desgraciada, mala pécora, ¿para eso quieres lo que te damos?

Balbuzeante alejamiento al principio, total indiferencia y desagradado después. Un día reconocieron que no deberían ser tan bruscos, que nunca más serían tan bruscos. Que fumara si quería. Ella: ¡Que ahora no le daba la gana!

El aburrido tiempo se resistía a pasar. Temblaban los minutos, hacían daño en un cuarto sin nada que hacer. Sueños de impotencia del tamaño de un pino, ligeros como un comino, siempre en la cabeza. El humo que todo el mundo ¡cómo no! tiene. ¿Me comprendes?

Se le presentaron dos alternativas:

—Lina, tu padre y yo vamos a hablar contigo muy en serio.

Llegaron a su cuarto. Asperos. Gente de campo recién trasplantada. Parecían seres extraños, seres a los que nunca antes había visto, juntos en la penumbra de la puerta que no traspasaron, como si tácitamente reconocieran que no podían entrar.

—Esto no puede seguir así. O te comportas o... Eres nuestra hija, ¿no? Nuestra única hija...

La voz tenía tono de amenaza. Lina no tuvo ánimos para replicar.

—...así que, o te comportas, o como si no existieras.

No existir. Ella miró a su padre como si se tratara de un desconocido. Me avergüenza decirte que aquella noche:

No pudo dormir. Tenía un enorme lío en la cabeza. Cansada. Permaneció encerrada en su cuarto fumando un cigarrillo tras otro. Golpeó la cama. Las lágrimas tenían sabor ácido.

Mientras lo cuenta, las lágrimas se le quieren salir.

—Vamos a dejarlo, no te gustará —le dijo.

—No, continúa. Prefiero que me lo digas todo —le suplicó Amador.

El otro iba a buscarla a las ocho casi todos los días. Ella salía lo mejor vestida de que era capaz y se introducía velozmente en el coche rojo. Después él le regaló un vestido y una prenda que Lina se ponía para la ocasión.

Un inusual gesto de asco parapetada tras un gintonic. Salir a la pista sin ningún interés, pasar el rato con un individuo por el que se deja magrear para que le pague la consumición, la lleve a casa y, a pesar de todo, la ayude a pasar el rato. Le gustaba sentir las entrepiernas, derretirse por cualquier cosa. El amor, oh el amor que conoció, qué complicado, a la luz casi oscura de un semisótano, gritos contenidos, respiraciones entrecortadas, aspiraciones, deseos...

—Entonces te conocí. Comencé a comprar los periódicos con el único propósito de ver tu nombre. Acaríciame Amador, todo para tí, mis muslos, mi sexo... Me pasaban la mano por la cintura, sentía los cuerpos en el mío, y... No era como contigo ahora. Pero también, de cuando en cuando...

—Ahora te toca a ti.

—Como quieras, pero no hay mucho que contar.

—Sí, Amador, dime.

Buen puñetazo, ¿eh?... No, venga, Amador, pollaboba el carajo, despierta, te comportas como una delicada damisela. Estás arreglado si crees que vamos a estar pendientes de ti toda la tarde. ¡No te jode! Le dio una al campeón, se enfureció éste, es lo que siempre pasa. Ninguna huella, sudoroso sí. Las tinieblas en toda la lona.

Oscureció cuando el chicarrón tan fuerte que va para campeón le dio un puñetazo en toda la mandíbula. Don Esteban sostenía el cubo en la mano. Volvía la luz. ¡Serán cabrones! También vio la silueta del que va para campeón.

Junto a Don Esteban, formando círculo, están el campeón, Luis, Juan y Antonio. Sí, hombre, verás —le había dicho Luis—, vas al gimnasio, preguntas por Don Esteban de mi parte, lo más probable es que yo esté allí, pruebas y ya veremos.

—¿Qué ha sucedido?

Don Esteban rió. Los demás le secundaron. No era malo, no. Un poco blando, eso sí. Lo peor es que no se lo toma con demasiado interés. Parece que no le gustan los golpes. Temor a la sonadera, quizá. Retrocede. Siempre retrocede. En cambio Luis que no sirve es fuerte como una roca. Si quisiera sería campeón. Hace cabriolas, las deshace, baila, sale rápidamente de las cuerdas, éstas lo protegen, todas lo miman, quizá por eso no llegará.

Apariencia debilucha más bien. Si tuviera patada de caballo y aguante de bestia. Hay que rematar, pero él no lo comprende así. Hace lo contrario. A veces, cuando conecta un buen golpe, parece que deja que se recuperen.

—Dejémosle —dijo Don Esteban alejándose.

—No, continúa —suplicó Lina.

Notaba despellejado el labio interiormente, la ceja y la nariz doloridas. Los demás seguían alrededor de él. En el suelo aún. Última. No y no. Además, Kid Amador no suena. ¿A ver Young Amador? No, tampoco.

No es nada muchacho. Para otra vez...

¡Mierda de sermones! Nunca más, ¿me oye, Don Esteban? Todo el mundo dice que Kid Louis acabará sonado. Sale, se parte el alma,... No aca-

baré como él. A mí me duele mucho mi mandíbula de cristal. Y las rodillas: Uno, dos, uno, dos, pega más rápido, más rápido, vamos, puedes hacerlo... De nada me valdrá. Tarde o temprano, ¡uff!, el hostión. Que se cubra en adelante él...

—Eh... despaaacio... mu...cha...cho... No nos vas a dejar colgados...

—Sí, claro la próxima sí, pero será la última.

Tenían entre los labios un sabor a tabaco, a labios es un placer. Apoyaba su cabeza en su hombro, en su pecho ensayaba blanduras, seguía el viento infeliz. Por detrás de la Plaza, en las semiviviendas que ni siquiera pertenecen al barrio, sino que son como el barrio del barrio, como la ladilla de la ladilla, se oía una discusión de celos, puteríos, cuernos y demás.